

Homilía del Ministro general a los Visitadores generales

Curia general, 19 de noviembre del 2021

La primera lectura de la presente liturgia nos presenta la preocupación de Judas Macabeo después de haber vencido al extranjero y consolidar su dominio, es decir, la de purificar el templo, centro de la vida religiosa del pueblo. Son dos los verbos que expresan esta preocupación: *purificar* y *(re) consagrar*.

La purificación significa retirar todo elemento idolátrico, mientras la reconsagración significa el restablecimiento del antiguo orden, según los cánones prescritos por el culto mosaico. Aquí será instituida la fiesta de Janucá, una de las más recientes y emotivas en el calendario judío.

Esta historia se repite también en tiempos de Jesús: el Templo, centro del poder religioso y civil, a través del comercio ilícito, es profanado, convirtiéndose en una cueva de ladrones. ¡“Mi casa será una casa de oración” dice con fuerza El Señor! Toca ahora a Jesús volverlo a purificar y lo hace de una nueva forma. Ya no a través de complejos ritos externos, sino por medio de la fuerza potente y suave de su presencia. Su mismo cuerpo se convertirá en la casa, el lugar del encuentro y de la comunión de Amor entre Dios y los hombres con la fuerza del Espíritu. Aquí nos viene al encuentro la palabra del Evangelio de Juan, donde Jesús dice que ni en Jerusalén ni en el Monte Garizín habrá un lugar de adoración, porque Dios busca *adoradores en espíritu y en verdad* (cfr. *Jn 4,23-24*).

Se trata, pues, de un nuevo culto, porque la presencia de Dios es nueva y su modo de actuar en Jesucristo, que ya para nosotros es el Templo. Y lo es en su cuerpo crucificado y resucitado, “[...]al que ya no ha de morir, sino que ha de vivir eternamente y ha sido glorificado, a quien *los ángeles desean contemplar!*” (*CtaO 22*), como dice San Francisco. El templo de nuestra vida es continuamente purificado y reconsagrado no a través de medios externos, más bien en la relación viva porque está animada por el Espíritu con el Señor Jesús, y en él con ese Templo, esa casa llena del Espíritu Santo que es la Iglesia, una casa de puertas siempre abiertas, puertas de misericordia.

Ante este poder de vida se abren paso las fuerzas de la muerte, de hecho, precisamente el gesto profético de Jesús en vísperas de su pasión enciende de nuevo sobre él las intenciones de muerte por parte de sus adversarios. Es como si una parte de nosotros no soportase la vida, no quisiera purificar y dedicar de nuevo lo que está muerto en nosotros al Dios vivo. Tenemos una especie de afán y fascinación por la muerte, nos dejamos llevar hacia lo que no es vida. Es la presencia misma de Jesús la que hace el discernimiento, la que revela el deseo de vida que hay en nosotros y, por el contrario, las fuerzas de muerte que lo amenazan y quisieran apagarlo. Aun así, en esta lucha entre la vida y la muerte, es maravillosa la conclusión de Lucas, que nota como ante la palabra y el gesto decidido de Jesús “todo el pueblo lo escuchaba y estaba pendiente de sus palabras” (*Lc 19,48*).

Típico de Lucas, la escucha de la palabra es el elemento determinante en la fe del creyente. Como para María al principio, al igual que a María en la casa de Betania, así para los discípulos y la multitud: el culto en espíritu y verdad se cualifica por la escucha antes del rito externo. La purificación y la nueva consagración de nuestra

vida como templo de Dios en el mundo, está marcado por la calidad de la escucha de Dios, de los demás y de nosotros mismos.

Bien los sabía Santa Clara al inicio de su vocación, en su leyenda leemos:

“Y así, encendida en el fuego celeste, tan soberanamente despreció la vanagloria terrena, que jamás nada de los halagos mundanos se pegó a su corazón. Aborreciendo igualmente las seducciones de la carne, decidió ya desde ahora no conocer lecho de pecado, deseando hacer de su cuerpo un templo consagrado a Dios y esforzándose por hacerse merecedora de las bodas con el gran Rey” (LCl 6).

Clara, con Francisco, comprendió que toda su vida, resumida en el cuerpo, en la corporeidad signo de nuestro ser al mundo animados por el Espíritu, es la casa y el lugar en el que a través de una escucha fiel Dios habita en medio de los hombres. Purificar y consagrar de nuevo nuestra vida significa entonces renovar esta opción por el Señor, a través de la escucha fiel de su palabra y el cuidado de nuestra vida en su conjunto.

Queridos hermanos Visitadores, esta palabra, como siempre, nos da destellos de luz, particularmente hoy, al final de nuestro encuentro sobre el servicio que el ministro general os ha confiado, que es el de visitar, exhortar y confortar a los frailes según el Espíritu (cfr. *Rnb* IV,2).

El mismo San Francisco en el capítulo IV de la Regla no bulada, de la cual estamos recordando sus 800 años, nos da algunos pasos para vivir el tiempo de la Visita y el Capítulo como una oportunidad de purificar y reconsagrar el templo de la vida de cada hermano y de esa casa donde habita el Espíritu que es nuestra fraternidad, para que la escucha de la palabra de Dios en la historia y en la vida de cada uno se convierta en la clave del discernimiento y de las decisiones a tomar.

El texto de la Regla no bulada sigue, de hecho, pidiendo a los frailes benditos obedecer “en aquello que mira a la salvación del alma y no es contrario a nuestra vida” (cfr. *Rnb* IV,3): Francisco pide bíblicamente esta capacidad madura de escucha, *ob-audire* precisamente, en todo lo que concierne al bien en la vida integral de cada uno. Y todo esto hay que hacerlo con gran atención y cuidado por las relaciones recíprocas, según la regla de oro del Evangelio que recuerda Francisco. Por lo tanto, no como quien permanece fuera de la vida de los hermanos sólo para fiscalizarla, sino como alguien que, en cualquier oficio que se le encomiende, sigue siendo un hermano que crece y madura como tal cuando ejerce su servicio.

A los hermanos ministros y siervos les recuerda que “a ellos ha sido confiado el cuidado de las almas de los hermanos”, antes que cualquier lista canónica de lo que se debe y no se debe hacer, tanto así que “si algo de ellos se pierde por su culpa y mal ejemplo, tendrán que *dar cuenta en el día del juicio* ante el Señor Jesucristo” (cfr. *Rnb* IV,6).

En el ministerio de los hermanos, para nosotros a quienes está encomendado de diferentes maneras, se decide incluso nuestra salvación eterna, es decir, el cumplimiento integral de nuestra vida que en Jesucristo vivo en el Espíritu

encuentra su plenitud. Ningún servicio queda fuera de mí y de mi vida, sino que la involucra y la toca desde dentro. De hecho, Francisco en el capítulo siguiente continúa con una amonestación muy fuerte: “Por lo tanto, custodiad vuestras almas y las de vuestros hermanos, porque *es horrendo caer en las manos del Dios vivo*” (cfr. *Rnb V,1*). Mientras visitamos, escuchamos y recibimos los hermanos estamos permitiendo a su fe de hacer lo mismo con nosotros, para crecer juntos en nuestra vocación común. Esto también es válido para los hermanos con los cuales el diálogo será difícil: todos representan una oportunidad de crecimiento, de escucha y de un sí renovado.

En estos días hemos dicho muchas cosas y no quiero repetir las ahora. Me parece que la palabra de Dios y la de san Francisco nos orientan a vivir el tiempo de la Visita como un camino ante todo interior, espiritual que nos toca a cada uno de nosotros. Os invito, por tanto, a poneros en esta disposición y a sumergir en la oración el servicio que haréis o que ya habéis comenzado. En la oración significa en el corazón de la relación con Dios que cada uno de nosotros vive y en la cual, y desde la cual todo servicio puede tomar luz y verdadera eficacia, auténtica generatividad.

¡Sólo Dios sabe que el templo de nuestra vida, de nuestra Orden, de las Provincias y Custodias, de toda esta casa que habitamos, necesita ser purificado y renovado! Y Él sabe por cuántas fuerzas de muerte está amenazado y atravesado y ya hemos hablado de ello. Pero tenemos, y queremos renovarlo en esta Eucaristía, la confianza en la presencia y en la santa Operación del Espíritu del Señor (cfr. *Rb X, 8*) en medio de nosotros, porque Dios es fiel con su pueblo aun cuando este lo ha abandonado.

Nada está perdido, y creemos que podemos volver a reunirnos en torno al corazón de nuestro carisma y de nuestra vocación, y que todavía tenemos las energías suscitadas por el Espíritu para colgarnos en los labios de Jesús, para vivir escuchando su palabra y en ella encontrar finalmente la motivación y la fuerza para continuar nuestro camino.

Este es mi deseo para mí y para todos ustedes, hermanos benditos, y esta es la esperanza que como Definitorio General queremos custodiar en estos años de servicio, para poder vivir juntos en esta casa que es nuestra fraternidad y en ese templo que es el mundo, en el seguimiento de las huellas de Dios. De hecho, como nos recuerda San Francisco “*porque por esa razón os ha enviado al mundo entero, para que de palabra y de obra deis testimonio de su voz y hagáis saber a todos que no hay omnipotente sino él* (cf. *Tob 13,4*). *Perseverad en la disciplina* (*Heb 12,7*) y en la santa obediencia, y lo que le prometisteis con bueno y firme propósito cumplidlo. *Como a hijos se nos ofrece el Señor Dios*” (*CtaO 9-11*).

Ahora, en el nombre de San Francisco os puedo enviar a anunciar una vez más a todos nuestros hermanos amados del Señor, sin miedo y como menores, lo fuerte que es su amor por nosotros, un amor siempre fiel.

Desde aquí siempre podemos volver a empezar, incluso en esta época de “sombras densas” (cfr. *Fratelli Tutti*, cap. 1) a nuestro alrededor y en nuestro interior.

Id con confianza y dejaos sorprender por las maravillas que el Señor ya ha realizado y con las que prepara nuestro camino y nos abre caminos nuevos.